

KEPLER62

LIBRO 3: EL VIAJE





KEPLER

ER62





TIMO PARVELA

BJØRN SORTLAND

Ilustración

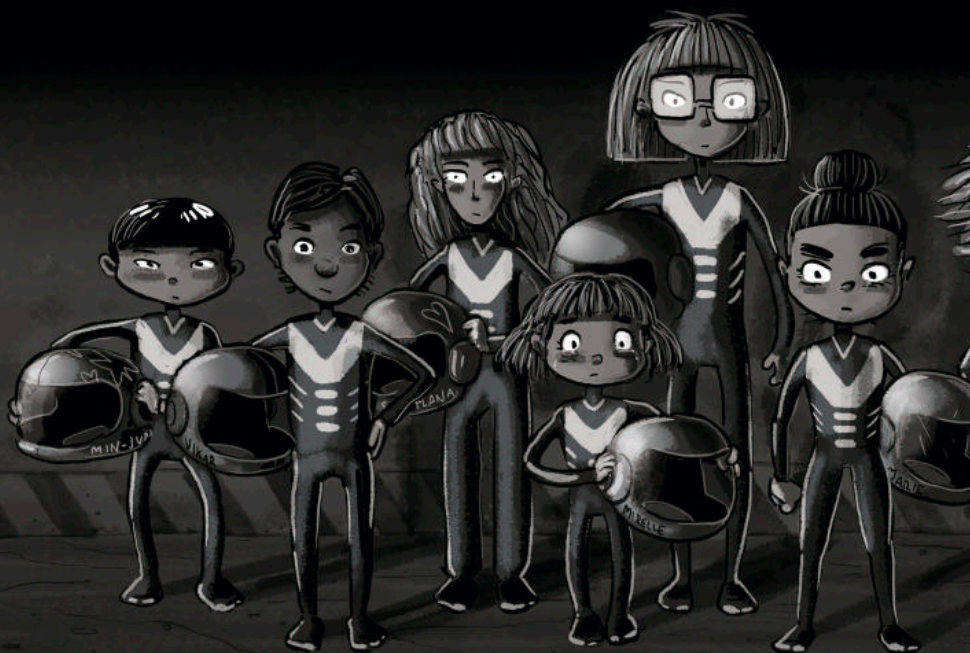
PASI PITKÄNEN

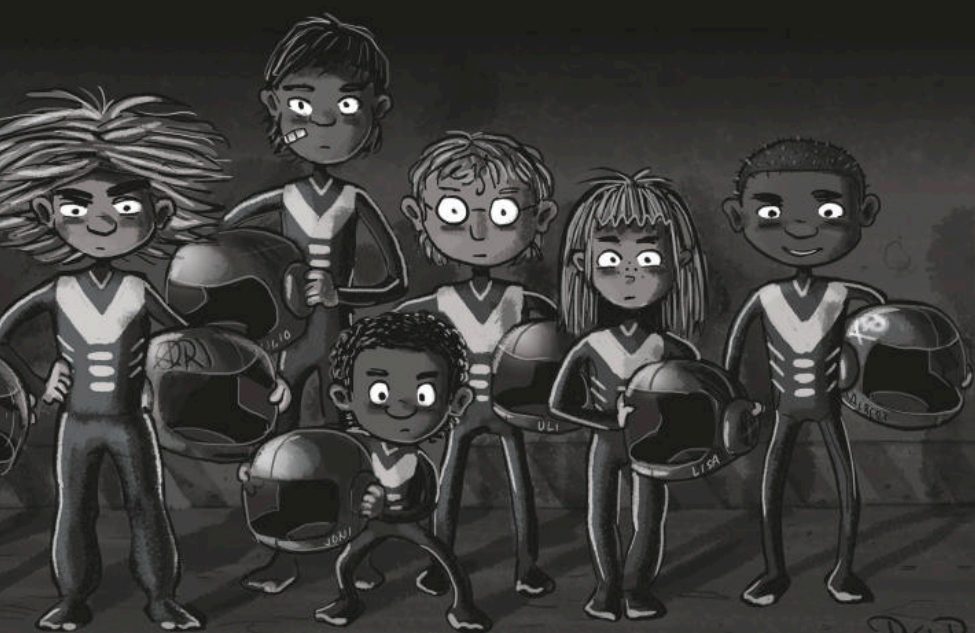
Traducción

LUISA GUTIÉRREZ RUIZ



LIBRO 3: EL VIAJE







fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en **www.fundacion-sm.org**



FILI - Finnish Literature Exchange
ha subvencionado la traducción del finés de esta obra.

LITERATURASM.COM

Primera edición: octubre de 2019

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Inés de la Iglesia
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Kepler62. Kirja kolme: Matka*
Traducción del finés: Luisa Gutiérrez Ruiz

© del texto: Timo Parvela, Bjørn Sortland, 2016
© de las ilustraciones: Pasi Pitkänen, 2016
© Ediciones SM, 2019
Impresores, 2 - Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1318-114-1
Depósito legal: M-19882-2019
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1.

—¿Tienes miedo?

—No, claro que no. ¿Por qué tendría que tenerlo?

—Es solo que... vamos a un lugar muy lejano. Más lejos de lo que jamás ha ido nadie. Y no hay vuelta atrás. El viaje es peligroso. Nos van a dormir durante años, y no sabemos lo que nos espera en el destino y...

—Tengo miedo.

—Y yo.

Ari le pasó el brazo a su hermano pequeño por el hombro. Joni era frágil como una figurita de porcelana. Una de esas que se colocan en el alféizar de la ventana y a las que suele faltarles una oreja o la cola.

—¡Héroes! Eso es lo que sois, y aquí está la prueba.

—El general Livingstone agitó el brazo y en la pared de la habitación apareció la página de un periódico virtual. Sus rostros llenaban la portada. La fotografía la habían tomado durante el campamento de formación, cuando se probaron por primera vez el equipamiento: el aparato de oxígeno, el cin-

turón de herramientas y el casco. El fotógrafo hormigueaba a su alrededor y había despertado confusión. Ahora se descubría el motivo de su presencia. Los cascos que descansaban en sus brazos resultaban muy fotogénicos y el logo del gobierno de unidad estaba presente en todas las imágenes. No quedaba más remedio que admitir que todos ellos tenían un aspecto impresionante. Los doce.

—¿Dónde está la chica esa noruega? —susurró Joni.

Ari echó un vistazo a su alrededor. ¡Once! En el grupo faltaba Marie. En aquel auditorio blanco solo había once.

Ari se encogió de hombros. Estaba claro que aquella chica era distinta. Tal vez tenía alguna misión secreta. O simplemente no le apetecía participar en aquel acto para levantar ánimos. Aunque no es que se tratara de un evento lo que se dice voluntario. Nada en el campo de entrenamiento había sido voluntario. Es cierto que entre ellos circulaba el rumor de que Marie se había tomado algunas libertades en lo que respectaba a las reglas. Que se había escapado de los guardias y se había colado en un departamento secreto de la planta baja. Y que allí había encontrado un ser del espacio que le había trastornado la cabeza. Al parecer, su cerebro se había calentado y le había chorreado por las orejas...

—Sois la esperanza del mundo. Sobre vuestros hombros descansa el futuro de la humanidad. Sois pioneros: os estáis abriendo camino allí donde ningún humano ha estado jamás.

El viejo general los miraba con una sonrisa paternal. Le prestaba atención a cada uno de ellos. O al menos es lo que sentían. Podía ser que simplemente tuviera problemas de visión y tratara desesperadamente de buscar un punto de referencia para fijar la mirada.

Un joven soldado apareció en la puerta del auditorio. Asintió al general, que levantó la mano como bendiciéndolos.

—Ha llegado la hora. Honrad a la humanidad.

Once. En medio de una multitud que vitoreaba y agitaba banderas, mientras los jeep descapotables los conducían hacia el monstruo metálico que relucía en un extremo de la pista de despegue, en el grupo seguían siendo solo once. El transbordador espacial estaba cargado de combustible y preparado para despegar. Los transportaría a toda velocidad hacia la Estación Espacial Internacional 4, donde esperaban las naves que componían el convoy. Tres naves estelares bautizadas como los barcos de Cristóbal Colón: Santa María, Niña y Pinta.

—¿No viene Marie? —preguntó Ari a Olivia, que desfilaba a su lado.



—Ya está en la nave —contestó tajante la teniente Colin, evitando el contacto visual.

Ari asintió y se concentró en observar a la gente congregada en los límites de la pista de aterrizaje.

Seguramente era la primera vez que se permitía acceder al público en masa al Área 51, pero no podían moverse libremente. La multitud se hacinaba y abarrotaba una zona entre dos vallas de acero donde se había construido una tribuna que se elevaba hasta los veinte metros. Estaba claro que se quería sacar todo el jugo al acto. La comitiva. Los pioneros. Exploradores en busca de un nuevo mundo.

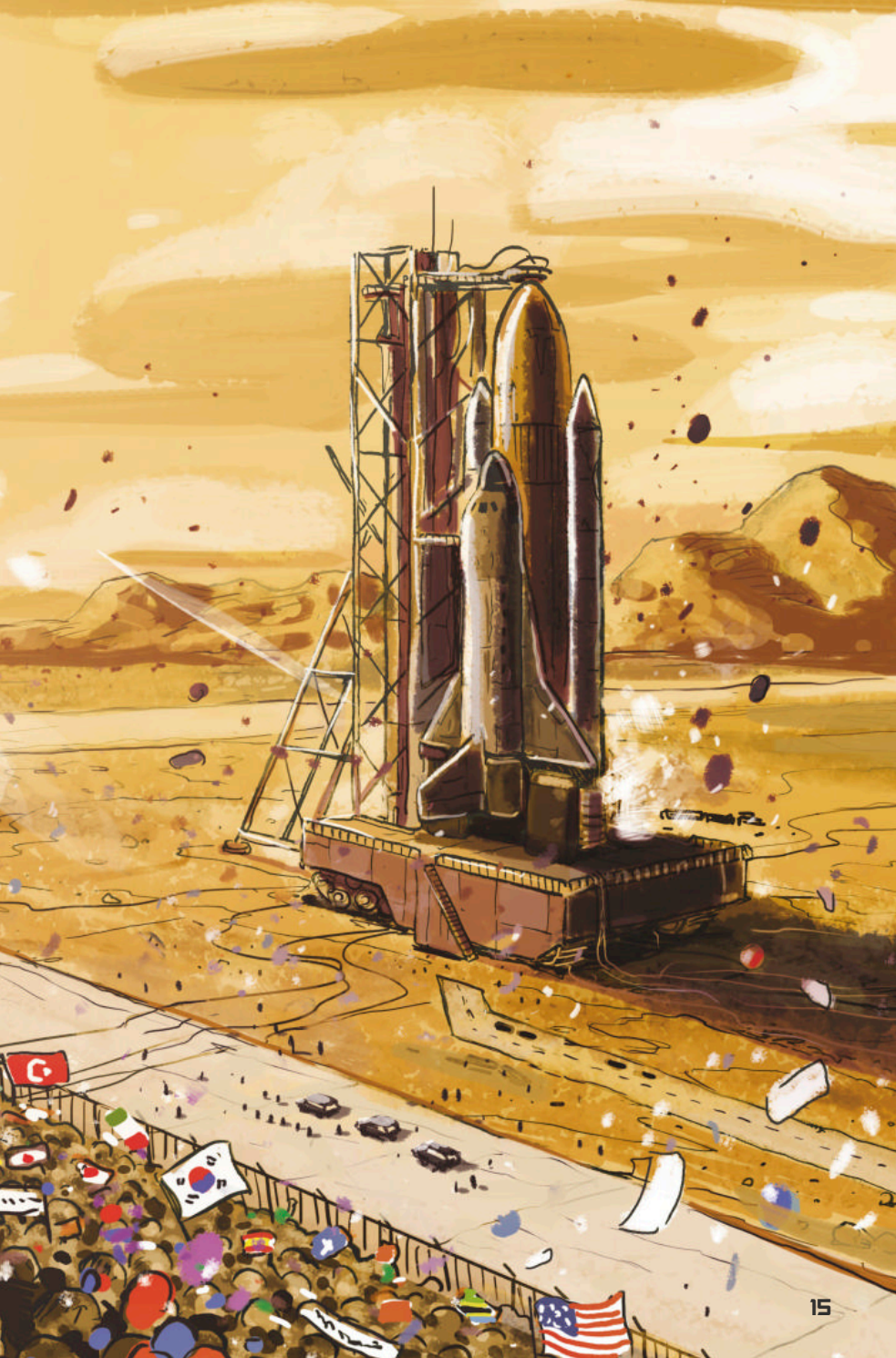


En el mar de banderas, Ari creyó distinguir la de su país de origen, Finlandia. Pensó en quién estaría allí agitándola.

—¿Y si es mamá? —susurró Joni. También él había reparado en la bandera.

—Lo dudo. No tendría dinero para viajar hasta aquí.





—Tal vez la han traído. A nosotros nos trajeron. Para ellos no sería ningún problema —insistió Joni.

—No creo —contestó Ari con un bufido. Aun así, trató de enfocar la vista en la persona que agitaba la bandera. Era imposible, evidentemente. La muchedumbre se encontraba demasiado lejos como para poder reconocer la cara.

—Mamá lo estará viendo desde casa. Parece que todo el mundo lo está viendo —dijo Joni con una débil vocecilla. Su enfermedad extraña y no identificada se había mantenido bajo control durante el entrenamiento con los medicamentos, pero el niño no había vuelto a ser el mismo.

—Seguro que lo está viendo —aseguró Ari—. Tú mismo lo escuchaste, igual que yo. Los padres han dado su consentimiento. Desean lo mejor para nosotros. Son felices porque nos han concedido esta oportunidad y, gracias a nosotros, el gobierno se ocupará de ellos durante el resto de sus días.

—¿Y tú te crees todo eso? —preguntó Joni.

Ari tragó saliva y echó un vistazo a su hermano. No, no se creía nada de la propaganda que la oficial de instrucción les había metido en la cabeza durante el campamento. Pero, por otro lado, no disponía de mejores datos. Solo presentimientos.

—Claro que sí. Seguro que mamá se alegra por nosotros.

—Ese reflejo en sus ojos... ¿Te acuerdas? —musitó Joni.

—Seguramente nos equivocamos. Sería el reflejo de la lámpara. —Ari apretó la mano de su hermano pequeño.

—O una lágrima —dijo Joni, serio.